

PENDÁS, B. (2022). *BIOGRAFÍA DE LA LIBERTAD (I). RENACIMIENTO: NOSTALGIA DE LA BELLEZA*. MADRID: EDITORIAL TECNOS

Joaquín CABEZAS CAYUELAS
Letrado de las Cortes Generales
<https://orcid.org/0009-0000-5192-0999>

«Revisar las formas de la cultura europea desde los conceptos políticos mayores: libertad y poder». Ya en su primera página, aún en la introducción, Benigno Pendás reconoce que se trata de un «proyecto ambicioso», si no complejo y arduo, teniendo en cuenta la pretensión de la obra: ser una «cartografía de las ideas».

Benigno Pendás García es presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, letrado de las Cortes Generales y catedrático de Historia de las Ideas Políticas. Afirma formar parte de una generación que se encuentra entre quienes brillaron al protagonizar la Transición y quienes bajo el impulso de lo posmoderno quedan en meras simplezas. Sin embargo, no puede obviarse que la función de transmisión del conocimiento es la base de la evolución de las ideas y que, dado que no pueden darse cambios radicales en cada generación, hay muchos que tienen como función servir de engranaje, de recordar a quienes vendrán detrás lo que con mucho esfuerzo ellos vieron conseguir y no debe perderse. No en vano, el Renacimiento, que es de lo que trata esta obra, es eminentemente una época de transmisión y transición además de creación.

Esta obra no pretende ser una biografía ni un manual sobre teoría política o de las ideas, sino que es más bien una descripción y comprensión del paso del tiempo y su efecto en lo político. Dado que en política no hay verdades inmutables y eternas, afirma Pendás que «somos todo lo libres que queramos en el marco de una circunstancia que nos viene dada por el espacio y el tiempo» y, en este sentido, el término libertad demuestra no ser unívoco, sino que ha de examinarse el contexto en todo momento: cómo inciden en ella los sentimientos y

los ideales. En cada etapa histórica rige y nace un concepto distinto de libertad y esta obra, que eventualmente pertenecerá a un conjunto de obras sucesivas (lo cual representa una tarea de enormes proporciones para su autor en el futuro), tiene como fin analizar esa trayectoria. Los elementos esenciales que se proponen serán el tiempo, el contenido y el contexto.

En *Biografía de la libertad*, Benigno Pendás conjuga permanentemente la evolución política y filosófica con la evolución artística, demostrando que la cultura es un todo, tanto en el sentido del objeto de análisis por los estudiosos como en el sentido de disponer de la cultura. La comprensión de una época requiere la comprensión del conjunto. Lo político práctico, lo teórico, la historia, las artes, forman ese todo, el cual se relaciona entre el pasado descrito y el presente, pues se conectan las ideas y corrientes de la era renacentista con las ideas, teorías y hechos actuales, lo que demuestra que unas son las más profundas bases de las otras. Como da a entender Pendás, así como el Renacimiento estuvo conectado con la Edad Media y la Antigüedad, sus bases se conectan con nuestra actualidad, hasta el punto en que uno se plantea si la Modernidad no es sino una continuación del Renacimiento antes del posible triunfo de lo posmoderno.

La obra comienza con la justificación de la división de la historia, que resulta ser necesaria para su comprensión y análisis, pues de la misma forma que un pan ha de ser partido para poder comerlo y disfrutarlo, la historia requiere de división en fases (y más si, como en esta obra, se busca abarcar el «todo» de la misma). Reconociendo el hecho de que las fases de la historia son tan solo una organización para su mejor estudio y que los hechos con los que las marcamos son solo hitos, pero no cambios radicales, esta obra está dedicada al Renacimiento: la era de la configuración de la Modernidad.

Su división en dieciocho capítulos, más una introducción y una conclusión, abarca los distintos prismas en los que el Renacimiento puede ser analizado, comenzando en primer lugar por el «elogio y crítica del fundador» del término renacentista: Jakob Burkhartdt. Según Burkhartdt, el desarrollo de la idea del individuo es el rasgo constitutivo del Renacimiento, con el culto al genio, el honor y la gloria, llegando a idealizarse el hombre hasta tal punto que Hauser afirmará que la tesis rupturista entre Edad Media y Renacimiento es

una creación decimonónica para evitar la idealización del Medioevo. Contrasta ese individuo liberado por las nuevas ideas del Renacimiento con la realidad del gobierno autoritario propio de la época, en el cual el individuo ha de ser libre en una especie de *eleutheria*. La realidad política es la *signoria*: desmedida, cruel y arbitraria. Pero, ¿qué es en realidad el Renacimiento? Como se desprende de los comentarios del autor, el Renacimiento es una auténtica contradicción.

Siendo una etapa histórica, en continua evolución y transformación, sus características principales típicas se dan más claramente entre 1350 y 1550, pero también se habla del Renacimiento del s. XII o de la etapa carolingia. Huizinga dirá que el Renacimiento es todo lo que tuvo vida en la Edad Media, mientras que Toynbee llegó a afirmar que la Edad Media en realidad nunca existió. La característica del Renacimiento en su posicionamiento como etapa histórica es, como se explica en el capítulo II, el ser «albacea de la Antigüedad». Se recopila la cultura clásica, que resurge para ser puesta en uso. Como puede observarse en la historia del arte, se recupera la dimensión humana, compatibilizándola con lo divino. Esta es una de las claves: el hombre pasa a ser el centro del arte, la política y la filosofía, y de ahí que la corriente imperante sea el Humanismo. Pero esta recuperación, aunque en muchos casos se clasifique a algunos teóricos renacentistas como paganizantes, es eminentemente con vocación de adaptación al Cristianismo. Los humanistas buscan cristianizar a Sócrates, Platón, Aristóteles y Cicerón y hallar así un punto de encuentro entre la ética y el dogma. El paganismo, según Huizinga, podría haber sido una suerte de máscara que se ponían los hombres de la época cuando querían darse aires de superioridad. Al final, para los humanistas, Dios está siempre presente: en la belleza y en la naturaleza. Así pueden distinguirse Pico della Mirandola, Maquiavelo o Lorenzo Valla de Suárez, Vitoria, Montaigne o Erasmo de Rotterdam.

En el plano práctico, el gran producto del Renacimiento es la configuración de las bases del estado en el sentido moderno. El régimen de la *signoria* en las ciudades del norte de Italia, con sus regímenes de corte oligárquico burgués y la estabilización y concentración del poder, será el modelo a adaptar por los grandes reinos como Francia o Inglaterra, así como la Monarquía Hispánica. En el caso de esta última, a la cual se le dedican los capítulos XIV y XV, la

construcción del sistema de poder será diferente y, como suele decirse, *sui generis*, utilizándose curiosamente un criterio más racional para la organización del Nuevo Mundo que en el régimen polisinodial de la Península. En cualquier caso, la meta será la progresiva acumulación del poder en manos de los monarcas, tras emanciparse de los poderes universales en el exterior (a pesar de los esfuerzos del César Carlos) y dominar a la nobleza en el interior, en camino hacia el modelo absolutista gracias a las teorías de la soberanía, de las que Bodino es el indiscutible gran autor.

Con el nuevo escenario de los estados que sustituyen al sistema de poderes universales y localismo propio de la Edad Media, se configura una «Geopolítica del Renacimiento», que es examinada en los capítulos III a V. Se identifica a Florencia como la nueva Atenas, junto con el reconocimiento de Venecia y su particular forma política. Sin embargo, curiosamente, ese mismo esplendor y nuevo sistema político que exportan al otro lado de los Alpes será la causa del fortalecimiento de los grandes reinos que tendrán en Italia uno de los principales campos de disputa. Las pequeñas repúblicas italianas (unas 300 en 1300) sucumben ante Francia y España (quedando solo unas pocas ya en 1500). Los conflictos entre estos nuevos estados escalarán a un nivel global al convertirse en las grandes talasocracias mundiales. Así, tanto Francia y España, como Inglaterra y Portugal, se lanzan a la conquista del mundo. El Atlántico sustituye al Mediterráneo como tablero de juego y América resulta ser tan codiciada como lo había sido Asia en un principio, aunque el Extremo Oriente no desaparecerá nunca de la ecuación.

La división religiosa será el otro gran punto y aparte en la evolución histórica. Las ideas de Lutero, según Pendás, en realidad resultan ser la manifestación de la diferencia en la religiosidad del norte con respecto al sur. Lejos de defender ideas que puedan considerarse progresistas, Lutero expone una teoría política que parte del individualismo en lo religioso pero sometiendo a ese individuo al poder absoluto de un príncipe en lo político. Su influencia en Inglaterra, de hecho, provocará la organización de un poder casi total en manos del rey, que pasa a controlar no solo la estructura política pública sino también la nueva Iglesia anglicana, una Iglesia del Estado. La evolución que se produce con las teorías de Calvino tampoco

avanzará en el sentido de la liberación real del individuo, como demuestra su actitud intolerante en el Gobierno de Ginebra. Según Crane Brinton, «el protestantismo resultó moderno casi a pesar suyo y de sus mentores». La tolerancia será, de hecho, una de las claves de la política en el Renacimiento. La situación de los hugonotes en Francia en el marco de las guerras de religión y la aparición de las ideas de resistencia al tirano de los monarcómanos (aunque ya hubiese autores que lo tratasen durante el Medievo) propiciaron grandes cambios, incluso dinásticos, sentando las bases del centralismo absoluto de los Borbones. Como indica Pendás respecto de los monarcómanos, sería curioso comparar la mentalidad de aquellos con la de los yihadistas del s. XXI.

En definitiva, el Renacimiento es, como casi toda época de la historia, un permanente contraste. Destaca Pendás la incoherencia del hombre renacentista, exceptuando ejemplos como Erasmo y los miembros de la Escuela de Salamanca. El hombre, al fin y al cabo, es una contradicción. Fernando II de Aragón, admirado por Maquiavelo, podría ser el perfecto ejemplo de ese príncipe renacentista. La búsqueda de los clásicos, la idealización de la Antigüedad y la emancipación del pensamiento escolástico marcaron un antes y un después, pero en la práctica el mundo siguió siendo regido por tan solo unos pocos y la libertad continuó siendo tan solo una idea que tardaría aún más de un siglo en concretarse.

Exclamó Panofsky: «¡Quién lo hubiera pensado de aquel joven díscolo que ignoraba a sus padres medievales y admiraba a los abuelos de la antigüedad!». En realidad, para avanzar hacia el liberalismo y el estado moderno, ese joven renacentista deberá reconocer algunos elementos útiles y válidos de sus padres medievales, como la comunidad, los valores y principios del iusnaturalismo, los pactos, etc. Esta mezcla es el auténtico germen del que nacerá el modelo de los estados occidentales modernos. Esta adaptación, sin embargo, deberá formar parte de los sucesivos próximos volúmenes que se espera que elabore el autor.

Benigno Pendás ha procurado aunar en este primer volumen un resumen del Renacimiento desde diversos puntos de vista, con la inclusión, como ya hemos comentado, de la totalidad de la cultura en sus distintas perspectivas, entendiendo además el arte como la más

directa de sus manifestaciones. Esto hace a este libro algo difícil para quien no disponga de un esquema previo de los conceptos históricos y teóricos, pero a la vez es ahí donde reside su principal virtud. No se trata de una obra sistemática, no es un manual, y por esa razón su contenido resulta más interesante y curioso. En este sentido, da más la impresión de que se trate de una conversación con el autor y no de una explicación. Con él, el lector repasará sus conocimientos, afianzará otros nuevos y, sobre todo, dará una nueva perspectiva global a la idea del Renacimiento, que sin duda es una de las etapas más interesantes de la historia occidental. Tan interesante, dice Pendás, que como no podemos ser renacentistas, lo idealizamos. No en vano, el subtítulo de la obra es «nostalgia de la belleza».